



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LAS SEPULTURERAS

TAINA TERVONEN

TRADUCCIÓN DE IBALLA LÓPEZ HERNÁNDEZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Les Fossoyeurs*

© Éditions Marchialy, Groupe Delcourt, 2021
© de la traducción, Iballa López Hernández, 2023
© Errata naturae editores, 2023
c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-24-6
DEPÓSITO LEGAL: M-29863-2022
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: © Natalia Zaratiegui
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.



*A Sarah,
un retoño que nació durante
la escritura de este libro,
a la vida que continúa*

«Ésta es la historia de la búsqueda de unos huesos.
Es como buscar huesos de dinosaurios,
salvo que éstos son huesos de personas.
Los están buscando porque es importante
para sus familias.
Cuando los encuentran,
las familias pueden enterrarlos,
y, así, dejan de ser desaparecidos».

ARMAND, nueve años

PRÓLOGO

Tomašica, octubre de 2013

Doce y media del mediodía, el almuerzo toca a su fin. El equipo guarda los restos de la comida, que, a falta de mesa, se ha servido encima de un capó. *Something sweet*, me dice Senem ofreciéndome una onza de chocolate de postre. «A nadie le amarga un dulce, que aquí nos hace buena falta a todos». Vuelve a ponerse la mascarilla, se enfunda unos guantes limpios sobre el mono blanco y se cala la gorra azul marino. Subo el montículo de tierra que bordea la fosa, tan grande como un campo de fútbol. Senem ya está abajo, mucho más allá del cordón policial, que no me está permitido rebasar. La Bobcat arranca, los picos comienzan, el trabajo prosigue.

Cuando llegué aquí, no sabía qué esperar. Nada me había preparado para ver con mis propios ojos una fosa común. Nada, excepto unas pocas imágenes de archivo de algún

reportaje y ciertas historias de supervivientes que habrían podido acabar en el fondo de esta fosa. Ahora bien, de lo que ocurre cuando la tierra se abre para dejar que el pasado resurja, no sabía nada. Esperaba encontrarme con el horror, lo inefable, lo inimaginable. La «idea» que uno se hace de una fosa común.

Sin embargo, una fosa común no es una idea. Una fosa común es trabajo. No hay sitio para las ideas frente a ese enorme agujero del que deben extraerse los cuerpos antes de que llegue el invierno.

Abajo, Senem cava con el resto del equipo, antropólogos forenses como ella, arqueólogos, osteólogos, todos vestidos con los mismos monos blancos, que contrastan con el naranja oscuro de la tierra arcillosa. Las lluvias de otoño la han transformado en un barro pegajoso que se adhiere a las botas y los guantes de los investigadores cuando abandonan la pala y cavan con las manos, moviéndose con más delicadeza conforme se acercan a los restos que emergen del fondo del inmenso agujero.

El hombre que habló con la policía mencionó una cifra: novecientos. Es su estimación del número de cuerpos enterrados. Iba al volante de uno de los camiones que transportaban a las víctimas, asesinadas a varias decenas de kilómetros de distancia durante las primeras semanas de la guerra. Corría el verano de 1992 y, según recuerdan los supervivientes, hacía calor, como es habitual aquí. Pueblo tras pueblo, fueron ejecutando o recluyendo en campos de concentración a los habitantes bosnios y

croatas. La limpieza étnica concebida y organizada por Ratko Mladić y Radovan Karadžić vació esta región de Bosnia-Herzegovina mucho antes de las matanzas de Srebrenica, acaecidas tres años más tarde. Los cuerpos que hoy salen de la tierra están asombrosamente intactos. Por lo general, Senem manipula esqueletos, no cuerpos como éstos, la mayoría enteros, con la piel aún adherida a los huesos. En esta zona, el suelo arcilloso ha retrasado la descomposición, que sigue su curso y se acelera al aire libre, veintiún años después de los fallecimientos. El olor a muerte flota por todas partes, se te mete en la nariz, la impregna durante horas. Por la noche, en la habitación del hostel, sigo percibiéndolo a mi alrededor.

Abajo, junto a las dos carpas rojas que sirven de cobijo en caso de fuertes lluvias, yacen unas formas blancas que destacan sobre la tierra oscura. Son las bolsas mortuorias, extendidas en unos tabloncillos de madera colocados a ras de suelo. Los cuerpos se numeran según el orden en que los van sacando. El último de hoy lleva el número ciento nueve. Hace un mes que el equipo empezó a excavar.

Cada día, a las cuatro de la tarde, se cargan las bolsas en el coche fúnebre, una furgoneta azul marino. Acto seguido, ésta regresa al centro de identificación de la Krajina, una morgue para los desaparecidos de la guerra. Allí fue donde conocí a Senem, un día de finales de septiembre, tres años atrás.